

IDENTIDAD Y EMOCIÓN A TRAVÉS
DE LA INTERACCIÓN DEL SUJETO

(Ed.) Mercedes Rivero Obra

CRISTINA BERNABÉU

TERESA CASAS

PILAR LÓPEZ-CANTERO

CRISTINA PERALTA

MERCEDES RIVERO

SARAH SONGHORIAN

prólogo de

DIANA INÉS PÉREZ

EDITORIAL



DELIRIO

Primera edición: julio de 2019, Salamanca

IDENTIDAD Y EMOCIÓN A TRAVÉS DE LA INTERACCIÓN DEL SUJETO

Colección ADAMA

Directores: Fernando Broncano y Daniel Escandell

© 2019, Diana Inés Pérez

© 2019, Teresa Casas

© 2019, Mercedes Rivero

© 2019, Cristina Peralta

© 2019, Pilar López-Cantero

© 2019, Sarah Songhorian

© 2019, Cristina Bernabéu

© 2019, EDITORIAL DELIRIO S.L.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en España.

Printed in Spain.

ISBN: 978-84-15739-33-3

Depósito Legal: S 388-2019

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

- Diana Inés Pérez
9 *Prólogo*
- Teresa Casas
13 *El ciclo de la catarsis*
- Mercedes Rivero
29 *Interactuando con la identidad dramática*
- Cristina Peralta
45 *El resentimiento como motor de la acción y de la identidad del sujeto*
- Pilar López-Cantero
63 *La estructura narrativa del amor romántico*
- Sarah Songhorian
83 *Empatía e identidad moral*
- Cristina Bernabéu
99 *Subjetividades posthumanas: los artefactos tecnológicos como colaboradores de normatividad social*

PRÓLOGO

Diana Inés Pérez

Hubo una vez un genio maligno que nos hizo creer que no teníamos cuerpo. Que podíamos pensar sin cuerpo, desencarnados, con nuestra *pura* razón. Que el pensamiento humano era neutral respecto de nuestras contingentes determinaciones corporales. Que el conocimiento verdadero era universal, homogéneo, de esencias matemáticas intangibles e incorpóreas que trascienden el espacio-tiempo y por tanto cualquier determinación material.

Pero hace tiempo que decidimos no dejarnos engañar más por ese genio y asumimos que pensamos con todo nuestro cuerpo: con nuestro cerebro pero también con nuestras entrañas, con nuestra piel y nuestros ojos; que no pensamos quietos, pasivos, sino moviendo nuestro cuerpo, al ritmo del latido de nuestro corazón, con nuestro aliento —a veces entrecortado— y que también pensamos con nuestros ovarios.

Los seres humanos tenemos un cuerpo: somos un cuerpo, fruto de la evolución biológica y de la historia cultural humana. Nuestra existencia es material y contingente, originada en la fortuita unión de un óvulo y un espermatozoide. Información genética que dio paso a un cuerpo, que se fue desarrollando en un medio químico, biológico, social y cultural que lo fue moldeando, contingentemente, a lo largo de su singular historia. Somos cuerpos, únicos e históricamente situados: en movimiento, en continuo cambio, sin una esencia fija ni determinada de antemano. Y estos cuerpos singulares engendran multiplicidad de pensamientos, heterogéneos, diferentes los unos de los otros.

Y así como a lo largo de la historia humana algunos cuerpos dominaron a otros, también algunas voces monopolizaron la esfera pública y de la mano de algún otro genio maligno nos hicieron creer que había una manera correcta de pensar, una manera correcta de actuar, un rol para cada cuerpo, expresión para algunas voces, silencio para otras. Monopolio de voces provenientes de ciertos tipos de cuerpo, homogeneización de perspectivas, censura (o autocensura) de voces que expresan experiencias disidentes de las hegemónicas.

El siglo XX –problemático y febril– fue testigo de inmensos cambios en los más diversos órdenes. Y fue testigo de la liberación de voces silenciadas. En especial, de la voz de la mujer. A través de la legitimación del voto femenino, de la posibilidad de acceder a los estudios superiores, de la posibilidad de ser dueñas de nuestros propios recursos económicos, de poseer bienes, de compartir la patria potestad de los hijos, de tomar decisiones de forma autónoma sobre nuestro propio cuerpo. Muchos de estos derechos que hoy nos parecen básicos e inalienables no eran reconocidos en las sociedades del siglo XIX.

Pero la equiparación de nuestros derechos sigue siendo, en muchos lugares y en muchas dimensiones, un tema pendiente aún hoy, en el siglo XXI. La vida académica, y en particular la academia filosófica, resulta todavía un terreno difícil para las mujeres; es un terreno en el que las voces femeninas siguen estando en segundo plano, se escuchan menos, se invisibilizan, se acallan. Pero nosotras también llevamos adelante proyectos de investigación en las más diversas áreas de la filosofía, también escribimos «papers», damos clases, dirigimos proyectos, dirigimos unidades de investigación, evaluamos trabajos ajenos, y por encima de todo, también pensamos problemas filosóficos.

Y lo interesante es que los trabajos hechos por mujeres muchas veces exhiben una frescura, una visión crítica y una perspectiva novedosa y original; porque

parten de un punto de vista que difícilmente un hombre adoptaría. A veces se trata de preguntas que los hombres no se suelen hacer, en otras se trata de experiencias vitales que nos distinguen. Esta frescura y esta originalidad se exhiben claramente en los trabajos que componen este libro. En la lectura que una mujer –Cristina Peralta– hace de la representación pictórica de Lucrecia realizada por la artista renacentista Artemisia Gentileschi, situándose en el rol de Artemisia que se puso en la piel de Lucrecia para expresar su repudio a la violencia hacia los cuerpos femeninos. O en la audaz lectura que propone Teresa Casas sobre la catarsis aristotélica, recordándonos que «catarsis» también refiere en griego al sangrado menstrual, y recreando detalladamente la experiencia del pueblo en el teatro griego, señalando las diferencias con nuestras formas actuales de consumir obras teatrales. También en las exploraciones de Pilar López-Cantero en torno a las diversas narrativas que se entrecruzan en nuestra experiencia del amor romántico, y que nos inducen a sostener que el amor cambia nuestra identidad. Y en la reflexiones de Cristina Bernabéu Franch que nos muestra cómo las tecnologías digitales ayudan a consolidar las diferencias de género, cristalizando los estereotipos que contribuyen a sostener una sociedad patriarcal. En la incorporación del cuerpo para el desarrollo de una teoría dramática de la identidad narrativa que propone Mercedes Rivero Obra y en las reflexiones sobre la empatía y la moralidad que propone Sarah Songhorian.

Los trabajos presentados aquí son el resultado de un Workshop sobre identidad y emociones que tuvo lugar en Madrid, el 7 y 8 de junio del 2018. La idea del encuentro era que sólo hubiera trabajos de mujeres filósofas, y que no necesariamente abordaran cuestiones de género. Porque las mujeres filósofas nos preocupamos y reflexionamos y escribimos sobre nuestra identidad de género, porque somos filósofas y los filósofos reflexionan sobre su propia condición y su humana

existencia. Pero las mujeres que filosofamos pensamos y escribimos sobre los más variados problemas que conforman la historia de la filosofía occidental. Y no queremos ser sólo interlocutoras en las discusiones filosóficas cuando se aborda específicamente la cuestión de género, queremos ser escuchadas y formar parte del diálogo filosófico en toda su extensión.

Este libro es producto de una de tantas actividades que están teniendo lugar en la actualidad para visibilizar estas voces desoídas. Espero que sea leído por la más amplia comunidad filosófica que sea posible. Es un buen libro de filosofía, interesante y sugerente. Merece ser leído.